

lería, se fija preferentemente en dos objetos: primero, en estalagmita que representa el *chivo encantado*, que por habersele destruido la cabeza ha perdido su primitiva forma; y después en una preciosa columna que, con su gracioso capitel á manera de un penacho, sostiene el arranque de un arco natural. La presencia de esta columna despierta la idea de la creación de un estilo de arquitectura á imitación de la Naturaleza; así como un canastillo

encaje y filigrana bordean el suelo y rodean las enhiestas estalagmitas; en tanto que bellas incrustaciones, blancas como el mármol de Carrara, revisten las paredes y reflejan la luz con sus prismáticos cristales. En forma de elegante cortinaje circular y diestramente arrugado por la mano maestra de la naturaleza, se desprende de la bóveda un haz de estalactitas, cubriendo una concreción que gradualmente se levanta del suelo.



SALON DEL TRONO.

con preciosas hojas de acanto, infundió á los griegos la idea del hermoso capitel corintio.

Salvando los obstáculos que ofrece el hacinamiento de las rocas desprendidas de la bóveda, se pasa al salón del *Púlpito*, que yo me atravesaría á llamar más bien, galería del *Trono*. (Esto decía en 1874). Aquí la oscuridad es completa y apenas puede distinguirse, á la tenue luz de las antorchas, las hermosas concreciones, cuyo interés, por su forma y magnitud, crece progresivamente. Primorosas labores de

El cañón principal de la caverna, cuya dirección general es al Poniente, con poca inclinación al Sur, se halla dividido por arcos naturales ó por grandes agrupaciones de estalagmitas colosales. Solamente en el tránsito de una á otra galería, cuyo sitio preciso no recuerdo, se observa un cambio brusco de dirección al S. O., de manera que los ejes de ambas galerías forman un ángulo agudo para continuar.

El corto tiempo que permanecí en la caverna, no me permitió anotar todos los monumen-

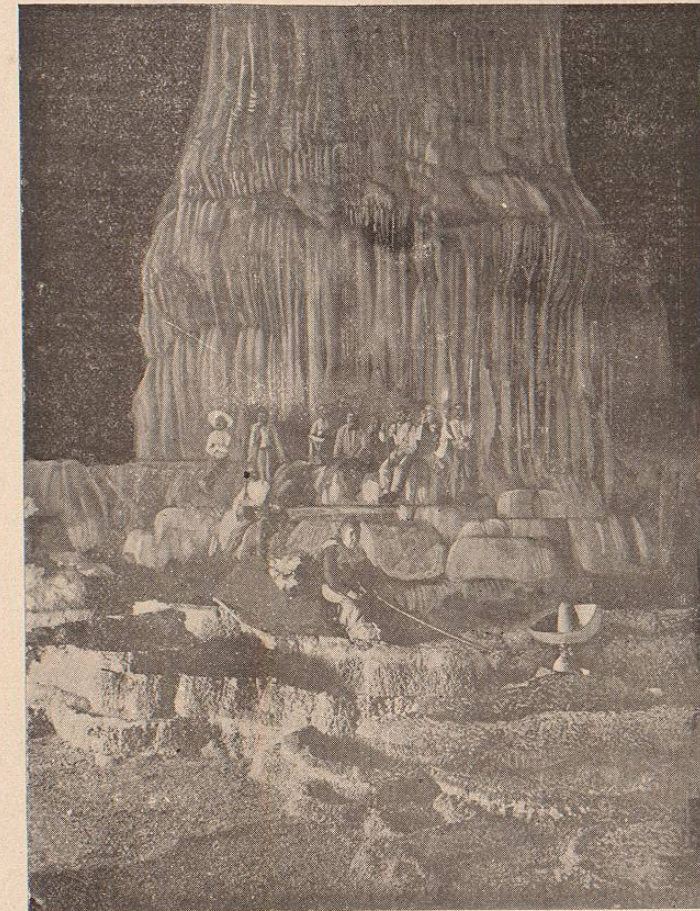
tos notables que ésta encierra, para poder, á lo menos, dar una idea de ellos; me limitaré por tanto, á describir ligeramente los que mayor impresión me causaron.

Al penetrar en una de las galerías, se admiran bellas y colosales estalagmitas, que iluminadas por las bujías y vistas de lejos, aparecen como edificios principales de una gran ciudad: se ve en primer lugar, un palacio de mármol con sus farolas encendidas, efecto pro-

táculo general es un estanque con sus pretilos perfectamente determinados aunque irregulares. Debería llamarse este salón *Galería de la Fuente*.

El extenso tramo de los monumentos se halla dividido por un grupo de voluminosas estalagmitas, y en él, durante nuestra permanencia, los fuegos de Bengala produjeron efectos maravillosos.

Hallándonos en el término de la galería,



GALERIA DE LA FUENTE.

ducido por las antorchas, y á su izquierda, medio perdido por las sombras, un templo, en cuyo cementerio se elevan dos ó tres erguidos pinos. La ilusión no desaparece sino hasta el momento en que casi se tocan con las manos aquellas concreciones. Entonces, como por un efecto de fantasmagoría, desaparecen los edificios, convirtiéndose el palacio en una primorosa fuente inernal. De dos tazas sobrepuestas y de mayor ó menor diámetro, se desprenden chorros de agua congelada, cuyo recep-

enciéronse aquéllos en el extremo opuesto, permitiéndonos distinguir, ante un vivísimo fontle de luz, las enhiestas moles de las estalagmitas, de entre las cuales sobresalía una por sus esbeltas proporciones, su aguzada cima y disposición de sus cristales, que la hacían aparecer como la torre gótica de una catedral. Rodeada esta estalagmita por otras informes y agrupadas como los edificios de una población, cualquiera creería, atendiendo á la forma de la torre, que desde una altura contem-

plaba la ciudad de Estrasburgo, á la luz del crepúsculo matinal.

Los reflejos de esa luz, interceptada por los monumentos, iluminaban muy confusamente la parte superior de la bóveda, que en el conjunto de sus grandes peñascos y profundas grietas, aparecía como un cielo nublado y tempestuoso. En vano luchaba la imaginación por desechar ese efecto ilusorio para dar cabida á la realidad: aquellos monumentos la mantuvieron viva, hasta que extinguida la luz quedaron sumergidos en las tinieblas.

Llama mucho la atención la galería á que se da el nombre de Salón del Muerto. Refiérese que habiéndose internado un viajero en la caverna, sin guías y sin la indispensable cuerda que dirigiera sus pasos á su regreso, pereció presa de las mayores angustias, afanándose por encontrar la salida. Consumida la luz de la antorcha y la que se proporcionó quemando sus propios vestidos, ya en medio de las tinieblas, vagaba á la ventura de uno á otro laberinto.

En el Salón de *Las Palmeras*, entre las numerosas y bellas estalagmitas, había una plana, poco inclinada y á la altura de 1.20m. sobre el suelo, en la cual se hallaban varias inscripciones y nombres de personas que habían visitado la caverna. Entre esas inscripciones había una que decía:

*María Carlota, llegó hasta aquí.* El Presidente D. Sebastián Lerdo de Tejada, á quien acompañábamos en su excursión, se apresuró á marcar después de dicha frase, la siguiente:

*Sebastián Lerdo pasó adelante.*

La galería de los órganos, es sin duda la más notable por la forma y número de las estalactitas y estalagmitas que se presentan bajo la forma de cactus cristalizados. Las variadas figuras de unas y otras, y su agrupación complicada en grandes masas, dan á esta galería el aspecto de un edificio gótico. La percusión en esas cristalizaciones produce sonidos más ó menos graves en proporción al grueso y densidad de éstas.

Sorprenden otros salones por las figuras tan hermosas como variadas que ofrecen las concreciones, las estalactitas en forma de arosas lámparas y las estalagmitas semejan do esbeltos candelabros, elevados obeliscos y gra-

ciosas palmas; pudiendo decirse que allí la naturaleza se halla representada en sus tres reinos; desde la pequeña coliflor hasta el colosal sabino con sus flotantes madejas de parásitas, convertidas en hilos de cristal; así en el reptil como en el mamífero que se ve á la entrada de la caverna; y por último, tanto en las piedras oolíticas como en las columnas y rocas monolíticas.

Regadas en el suelo de la caverna se encuentran pequeñas concreciones globulosas, que llaman confites, las cuales se forman por la agrupación del carbonato de cal que tiene el agua en disolución, en torno de una burbuja de aire, de un grano de arena ó de un cuerpo orgánico, formándose primero el núcleo y engrosándose sucesivamente por capas. Estos granos se llaman oolitas si son pequeños y písólitas si son grandes y bien determinadas las capas que los forman. M. Virlet pudo observar este fenómeno en nuestro lago de Texcoco, según hace notar D. Juan Vilanova en su preciosa obra "Compendio de Geología." Fenómeno debido, como se expresa en ella, á la "consolidación ó fijación del carbonato de cal alrededor de cada uno de los huevos, que en número prodigioso, depositan en el fondo de las aguas la *Corixa femorata* y la *Notonecta unifasciata*, insectos hemípteros de la tribu de los Notonectídeos."

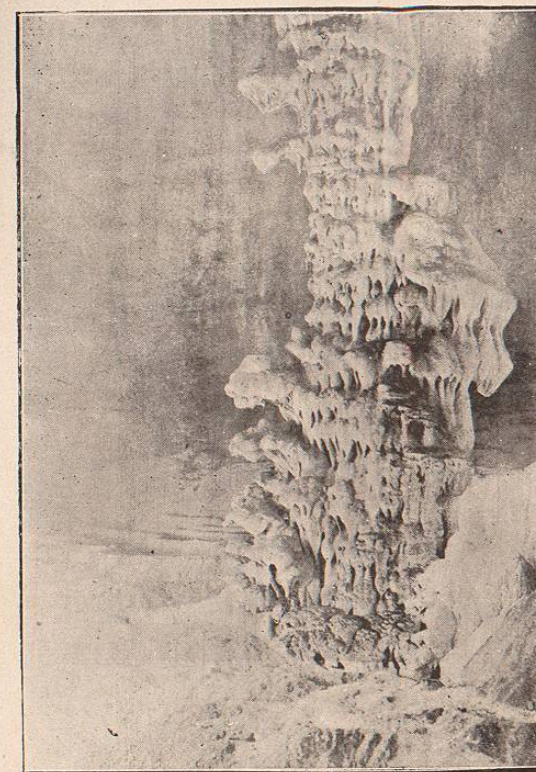
Las estalactitas tubulosas abundan en la caverna, blancas, huecas y traslúcidas como el cañón de una pluma; así como en las estalagmitas de numerosas y pequeñas masas, se ven éstas agrupadas y arriñonadas en forma de coliflor.

Aun cuando en los grandes monumentos, las concreciones se presentan opacas y muy parecidas al mármol estatuario, se encuentran sin embargo, otras muchas cristalizaciones, unas traslúcidas y otras diáfanas como el cuarzo y el cristal de roca.

El suelo de la caverna va generalmente en continuo descenso de una á otra galería; de suerte que el viajero puede dominar sucesivamente, antes de traspasar cada uno de los tramos, á los guías que le preceden y el hermoso efecto que producen las luces de las antorchas en las alturas de los peñascos.

Al regresar de las remotas galerías de la caverna, cree el viajero haber dado fin á sus

impresiones, sin sospechar el maravilloso y mágico efecto que le preparan los primeros destellos de la luz natural. Sumergido durante largo tiempo en las tinieblas á pesar de las antorchas, cuyo efecto en los antros de la ca-



MONOLITO CHINESCO.

verna no es otro que el producido por la luz fosforescente de las luciérnagas en la inmensa extensión de los campos, la aparición súbita de los rayos solares le causan la más viva y grata impresión. Despréndense en perspectiva, como los rompimientos de una decoración, las salientes rocas de las paredes y de las bóvedas, aquéllas en forma de pilastras y éstas en la de arcos naturales, presentándose en último término, como el fondo de la escena, la famosa entrada de la gruta, por la que penetra una luz verde, ténue y apacible reflejada por las plantas exteriores, y velando, como con una gasa sutil, todos los objetos, creyendo ver por último, el viajero, en todos esos detalles, los preparativos para una representación fantástica.

La total extensión de la caverna no es conocida, á pesar de haber llegado todos los viajeros que la han visitado á la galería de los Organos, fin de aquélla, según la expresión de

los guías. Diversas circunstancias revelan, muy fundadamente, la falsedad de tal aseveración. El aire que se respira y alimenta la luz artificial en lugares tan profundos, demuestra la existencia de comunicaciones directas con el exterior. La desconfianza y el temor que para nuevas exploraciones aventuradas, revelan en sus palabras los guías, dan fuerza á mi observación, que apoyan así mismo las tradiciones, según las cuales existen galerías en donde el estruendo de un torrente infunde cierto pavor que obliga á retroceder á los exploradores, y confirmada, por último, la opinión de un viajero observador, el Sr. Landecio. Desde una eminencia, que este señor llama el palco escénico, en la Sala de los Organos, se observa la continuación de la galería independientemente de aquélla por donde los guías conducen á los viajeros, siguiendo una planta curvilínea para volver al cañón principal. Otra observación hice en aquellos subterráneos en el momento en que los referidos guías nos condujeron á la galería de los Organos: el cambio brusco respecto de la dirección general, tal vez nos conducía á una galería lateral, única conocida de las muchas que contiene en su conjunto aquel laberinto.

No explorada suficientemente, como de hecho no lo está nuestra famosa caverna, no podemos asegurar que por su extensión sea la primera del mundo. La gruta Mammoth, en Kentucky, cerca de Louisville, tiene la extensión enorme de cuarenta kilómetros, contándose en ella doscientas veinte avenidas, cincuenta y siete cúpulas, once lagos, siete ríos, ocho cataratas y treinta y dos pozos, que por su extraordinaria profundidad pueden considerarse como otros tantos abismos.

Aventaja nuestra caverna á la mayor parte de las conocidas, en que de su interior no se desprenden miasmas deletéreos como en la Gruta del Perro en el antiguo reino de Nápoles, y la de la Magdalena en Francia, cerca de Montpellier, ni su suelo ofrece los precipicios y abismos como el *abismo sin fondo* de la caverna de Mammoth. Puede explorarse sin riesgo alguno, y con excepción de los pedregales formados por los derrumbes de las bóvedas, que causan algunas molestias, el viajero admira siempre, sin sustos ni sobresaltos, las bellísimas concreciones que la adornan. Tal

vez las nuevas exploraciones nos den á conocer otras galerías que no posean esas ventajas; pero entre tanto, puede asegurarse que el acceso á la caverna de Cacahuamilpa no ofrece dificultades ni infunde temores.



MARIANO BARCEÑA.

Al terminar esta relación asáltame el re-

cuerdo de un amigo muy querido, de quien en tal excursión fui compañero, Mariano Barceña, joven lleno de vida, de virtudes y de prendas personales, que le valieron la estimación general de propios y extraños. Entusiasta por las obras de la Naturaleza, dotado de clarísimo talento y consagrado al estudio, produjo obras de gran mérito, particularmente sobre la geología y flora de México; describió con ciencia y galanura la caverna de Cacahuamilpa, trabajos todos por los que tanto y tan justamente lo distinguieron, sabios y sociedades científicas; pero desgraciada y prematuramente pagó el tributo á la Naturaleza dejando en su hogar un vacío que no se llena y en el corazón de sus amigos, pesar profundo.



#### ULTIMO ARTICULO.

*Al Sr. Lic. Don Francisco L. de la Barra.*

**H**E conducídate, mi buen lector, al término de mi obra, y te ruego que no atribuyas á debilidad, tan común en los humanos, como es la de formarse cada cual un alto concepto de sí mismo, el hecho de dirigirme á tí para referirte actos que directamente me atañen. Considera que en la comedia humana, constantemente renovada en el gran teatro del mundo, solamente he desempeñado un papel de personaje episódico porque nunca quise enredarme entre tantos hilos como en aquél se manejan, y en el que no siempre es más aplaudido el actor que mejor representa. Esto proviene de que los comediantes y faranduleros

no obran generalmente por decorosa emulación, sino pesarosos del bien ajeno.

Imperiosa es la necesidad del que escribe sus Memorias de aparecer personalmente en la escena y prescindido hubiera de escribirlas, si no estuviese impulsado por el deseo de ofrecerme como testigo de hechos pasados, dándoles el sello de verdad que debe resplandecer en los asuntos históricos.

Si por un evento apareciera otro escritor, pues uno hubo ya y por cierto gran amigo mío, que le diese, como vulgarmente se dice, la ventolera de escribir mi biografía con mayores detalles, ya estoy leyendo en sus prime-

ros párrafos, las fórmulas comunes de toda obra que se ocupa en relatar vidas ajenas.

Comenzará su narración diciéndote, ora en estilo clásico, ora en el vulgar, que en la gran ciudad de los palacios, centro del afamado valle de los claveles y amapolas, se meció mi cuna, blandamente movida por las auras puras, tibias y perfumadas del lago de Texcoco, cerca del tradicional lugar en que los ilusos aztecas vieron á la reina de las aves posada en su higuera chumba, devorando una culebra ó pajarillos, cuestión acerca de la cual no están contestes las historias, que no llegó á dilucidar Orozco y Berra, ni yo tampoco.

Que nací de padres honrados, te diré, y ruégote que des tu asentimiento á esa aserción, en primer lugar, por ser un indicio favorable el hecho de haber aquéllos venido al mundo antes de que el siglo XIX desarrollara sus malas mañas é ilustración, y cuando brillaban los primeros albores de nuestra emancipación política, y en segundo lugar, porque yo te lo aseguro bajo palabra de honor, mas si dudas á pesar de todo, no por eso han de dejar de hallarse mis amados padres, de Dios en su santa gloria.

Que en mis primeros años fuí un prodigio de inteligencia y un portento en la escuela, no lo creas, por más que te lo cuenten; no acojas esa muletilla en que se apoyan los biógrafos para ponderar las dotes infantiles de aquellos á quienes desean enaltecer, unas veces con razón y otras sin ella. Yo entonces, como todo niño, pagué tributo á la edad, prefiriendo el trompo y la pelota á las tablas de cuentas y á la gramática. No recité en los estrados fabulillas introducidas en el caletre á fuerza de martillo, ni me pusieron de pie sobre un taburete ó tribuna improvisada para declamar alguna oda pindárica, levantando con insistencia, á manera de guimbalete, primero un brazo, luego el otro, después los dos, y doblando las muñecas, agitar las manos para significar cómo se cierne en los aires el águila caudal y, por final de cuenta, dar una patadita en la tarima de la tribuna, á fin de acompañar con estruendo la exclamación ¡aquí fué Troya! con que, á grito herido, da término la perorata infantil, sin perjuicio de las gesticulaciones requeridas por los diferentes pasajes de la oda. Tales razones te convencerán de que no senté plaza de niño sabio.

Que en las aulas se deslizaron tranquilos los albores de mi juventud, en parte puedes creerlo, y en parte nó. En lo que concierne á la conducta que observé en la vida íntima, da tu voto afirmativo, mas no en lo que atañe á la que otros observaron conmigo, pues como he tenido ocasión de contarte en esta mi larga historia, tanto en aquel colegiaco de mucha fama, como en las escuelas francesas de feliz recordación, los cuerazos y reglazos se propinaban sin cuento, así como otros castigos que distaban mucho de producir la paz y tranquilidad individual. Ya en esa edad, había adquirido algunas gracias, como la de tocar el piano, consistiendo mi vasto repertorio en dos piezas, "La Encantadora" y "El Ruiseñor," valeses muy en voga en aquella época. Entonces, no era yo el que fastidiaba á la concurrencia, sino ella á mí. ¿Quién podía resistir la indicación de jóvenes apuestas y amables para sentarse al piano, á fin de entregarse ellas á los inefables goces del vals? Yo accedía, pero á lo mejor, un calderón inesperado, producido por el acalabrado dedo del corazón, que se aferraba en una tecla, daba por terminado el baile. Tan esquivada fué conmigo la musa Euterpe, á pesar de amarla tanto que hube de divorciarme de ella. Ya he hablado, en otra ocasión, de mis adelantos musicales en el célebre Colegio de San Gregorio, y de las causas que me decidieron á inscribirme en la clase en que se daba culto á la divina musa.

Que tuve muchos amigos, es verdad, pero lo que no te diré el biógrafo, es que pocos fueron los que me quisieron bien, y los más trataronme con desesperante indiferencia. Los primeros, infundieronme aliento y vigor para proseguir por la senda que me tracé, pero pronto, para mi daño, terminaron los más su peregrinación por la Tierra, dejando en ella las huellas de su saber y virtudes, y en mi espíritu el recuerdo gratísimo de esa verdadera amistad que, como hija del cielo, hace en el mundo hermanos á los hombres.

Amigos de otro género me proporcioné diligente, quienes con sus sabias doctrinas procuraron y aún procuran apartar de mi espíritu la ignorancia, y como soy agradecido, he dádoles en mi casa el honorífico lugar que merecen. Así procedemos los de la generación pasada y procederían todos los de la presente, si